

**Oración para iniciar la reunión**  
 Señora santa María,  
 Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:  
 como hija, esposa y madre,  
 conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.  
 Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia  
 para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.  
 Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor  
 el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.  
 Muéstranos tu protección de Madre  
 y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

**TEMA 4. Padre y madre: los genes que conforman al hijo**

*ESQUEMA:*

1)	LA CUESTIÓN .....	1
2)	EL SUJETO EDUCADOR: LA UNA CARO .....	1
3)	LA ACOGIDA Y LA COMPASIÓN: TERNURA FEMENINA.....	2
4)	LA DISTANCIA Y LA VIRILIDAD: REALISMO MASCULINO.....	2
5)	AUTORIDAD Y AMISTAD.....	3
6)	FAMILIA Y TRABAJO.....	4
7)	PATERNIDAD Y MATERNIDAD AMPLIADAS: LOS AMIGOS DE NUESTROS HIJOS .....	4
8)	PARA CONCLUIR.....	5
9)	CONCRETANDO .....	5

\* \* \*

**1) La cuestión**

¿Por qué un padre y una madre para engendrar y educar al hijo? Se habla de complementariedad y de diferencia, de lo que cada uno aporta. Sí, es cierto; pero ni la complementariedad es automática ni la diferencia es sencilla de gestionar. Si cada uno educa por separado, el hijo sería una amalgama de lo que aporta el padre y lo que aporta la madre, en difícil equilibrio. Se dice que los hombres son de Marte y las mujeres de Venus, que los roles son distintos, y que por ello los puntos de vista también, por lo que hay saber gestionarlos.

¿No hay algo más importante que permita una concordia fundamental a la hora de educar y, por ende, conformar al hijo?

**2) El sujeto educador: la una caro**

Lo que marido y mujer son a raíz de su matrimonio es algo nuevo: una sola carne, que no es la suma de ambos, ni su yuxtaposición, sino una nueva realidad hecha de dos que ahora son unidos por Dios nuestro Señor. Y como una sola carne engendran a sus hijos, acogiendo una misma promesa: la promesa de comunicar la plenitud que ellos viven, engendrando al hijo no solo a la vida biológica, sino a la vida grande y bella a través de la educación. Es esta promesa común, acogida como una sola carne, la que ofrece ahora un punto de vista nuevo en el que se integran las diferencias entre ambos. Porque es cierto, los hombres vienen de Marte y las mujeres de Venus, pero no como clichés estandarizados, sino como lo que ambos aportan a algo más grande que ellos: engendrar a la vida buena al propio hijo. Y es que el niño necesita de ambos, padre y madre, unidos en el mismo destino.

### 3) **La acogida y la compasión: ternura femenina**

La mujer lleva en su cuerpo y en su alma una llamada singular a la acogida. En su cuerpo: acogida del esposo en la unión conyugal, acogida de los hijos en su seno. En su alma: una especial capacidad para comprender, para sintonizar con las personas, para padecer con el que sufre y gozar con el que goza. El genio femenino está precisamente en generar una morada a su alrededor.

El don de la maternidad potencia al máximo estas cualidades; por ello el hijo se sabe, aún desde antes de tener conciencia de sí mismo, especialmente ligado con aquella que la ha llevado en su seno durante nueve meses y que lo ha acogido con ternura en sus brazos apenas ha visto la luz del mundo. Sabe que en su madre hallará siempre una acogida incondicional, lo cual le proporciona una seguridad afectiva radical; se sabe acogido por sí mismo, por lo que él es y por cómo es. En la madre puede esperar siempre comprensión verdadera, compasión honda. Sin la madre, se pierde la seguridad básica en la bondad de la vida.

Pero no hay que confundir la ternura de la madre con una debilidad blandengue. En la relación con su esposo ella aprende que su ternura se abre a algo más grande que el simple proporcionar seguridad afectiva: se abre al destino del hijo, a la vida grande y bella. Esto es precisamente lo que la capacita para fortalecer al hijo. ¡Ay de las madres que confunden ternura con sobreprotección! Su mirada empequeñece al hijo, no le deja crecer ni volar. La madre de los mártires Macabeos, que animó a sus hijos a dar su vida por amor a Dios, nos ilumina: “Con noble actitud, uniendo un temple viril a la ternura femenina, fue animando a cada uno y les decía...: Yo no sé cómo aparecisteis en mi seno; yo no os regalé el aliento ni la vida, ni organicé los elementos de vuestro organismo. Fue el Creador del universo... Él, por su misericordia, os devolverá el aliento y la vida, si ahora os sacrificáis por su ley” (2 M 7,21-23). La ternura y fortaleza de la madre hicieron a sus hijos capaces del don de sí mismos.

### 4) **La distancia y la virilidad: realismo masculino**

La esposa concibió del esposo. Pero ahora todo se ventila en la madre, que concibe, gesta, da a luz y cría, con un protagonismo radical; el padre está inicialmente ausente, y comienza a participar en la medida en que su mujer le abre un espacio y le da protagonismo. Esta ausencia comporta una distancia, y la distancia abre un espacio al niño, para que pueda ser él mismo. Como en el cuadro de “Los primeros



pasos” de Van Gogh, el que el padre esté a distancia supone ofrecer al niño la posibilidad de llenar ese espacio, de dar los primeros pasos, de crecer. La distancia del padre impide que la madre se haga uno con el niño y lo sofocque. Pero, a la vez, la ternura de la madre hace que el padre viva esta distancia desde el amor esencial al propio hijo. Mantener la distancia con virilidad es la posibilidad de generar realidad en el niño, de no sofocarle en la subjetividad.

#### Tema 4. Padre y madre: los genes que conforman al hijo

El padre será siempre para el niño la memoria de algo más grande de lo que actualmente es: está llamado a una vida grande y bella, encierra en sí una vocación divina. Y no tiene miedo al traspies del chico: allí estará él para levantarlo. En los ojos esperanzados y cariñosos de su padre, descubre el hijo que es capaz de más. Y que no está solo ante los retos de la vida. Por ello, si acoger es propio de la madre, lo propio del padre es enviar. Con frecuencia es el padre quien quita de la bici las ruedas auxiliares para que el niño o la niña aprendan a montar manteniendo el equilibrio; su voz cercana los estimula a pedalear con fuerza. ¡Qué satisfacción cuando lo consiguen! De forma semejante, el padre sabe crear con el hijo en sus diferentes etapas una distancia creativa, que lo hace capaz de caminar con sus propias fuerzas. Para que sea él mismo, y no la simple prolongación de su madre. Sin el padre, el niño pierde el impulso para construir una vida grande y bella, para aceptar el reto de experimentar una realidad que se le revela más grande cada vez. Es al padre a quien corresponde “dar nombre”, como San José; esto es, insertar en una historia, en una familia, en una sociedad.

Esto es así porque *el niño lo necesita*. Necesita un padre que lo prepare con reciedumbre para la vida, como nos enseñan los sabios de Israel: “Hijo, si te acercas a servir al Señor, prepárate para la prueba. Endereza tu corazón, mantente firme y no te angusties en tiempo de adversidad” (Ecclo 2,1-2). Pero necesita a un padre al que la madre le ha dado este espacio, para que sea un espacio que los dos, como una sola carne, le abren al hijo.

Padre y madre, juntos, aprenden a poner lo propio para que el niño pueda abrirse a una vida noble y bella en las diferentes etapas de la vida.

#### **5) Autoridad y amistad**

Los padres ¿han de ser amigos de sus hijos? La pregunta es antigua. Y no ha recibido respuesta igual. Quizá hoy se nos complica aún más, porque vemos la amistad como una cuestión principalmente de afecto. Pero no lo veía así el gran Aristóteles, para quien lo esencial de la amistad era el compartir algo en común. Y para ello veía como necesario que las personas fueran iguales o lo pudiesen ser. Él mismo se preguntó si un padre podía ser amigo de su hijo. Y ve la dificultad, que lo que tienen en común es poco: al padre le interesa llegar a final de mes, pagar la hipoteca, resolver el problema de los seguros médicos... Cosas que al niño no le interesan ni le atraen. Con todo, dice el sabio que comparten el bien de la familia, la paz y serenidad familiar y que por ello, pueden ser amigos.

Se nos abre entonces una visión nueva. Porque si el padre o la madre quieren ser “amigotes” de sus hijos, conquistarse su interés por el afecto tonto, estropean su misión. Y así estropean a los hijos, que no madurarán.

Los padres, al recordar al hijo el bien de la familia, le están haciendo partícipes de la promesa que ellos intuyeron y que les movió a engendrarlo. La memoria de esa promesa es la memoria del origen de su vida. De modo que ambos son “autores” del hijo (en latín *auctor* significa “el que hace crecer”, es decir, el que promociona). Por eso la amistad entre padres e hijos está arraigada en la *auctoritas*.

Autoridad, lo sabemos bien, no es autoritarismo. El autoritarismo es en el fondo un pobre sucedáneo de la autoridad, porque es propio de quien, en su debilidad, no es capaz de inspirar confianza en la bondad de la promesa intuida; por ello no basta la fuerza de su palabra, ni la nobleza de su testimonio: ha de imponerse. No así la verdadera autoridad, que es un servicio insustituible para el hijo. Porque el niño y

la niña *necesitan* que se les indique el camino de la promesa con seguridad, y que se les empuje eficazmente a recorrerlo para vivir la promesa. Necesitan que “se les haga crecer”. En este contexto, mandar y prohibir no son actos caprichosos que brotan del egoísmo o la conveniencia de los padres: son el recuerdo de la promesa del origen y del camino que lleva a su plenitud.

De esta manera, la autoridad de los padres reconduce a la autoridad de Dios, fuente de la promesa más grande. Es en Dios donde se encuentra el origen de las dos notas más características del ser padre y madre: la fidelidad y la ternura. Padre y madre participan en su “una sola carne” de ese misterio divino, en bien del niño. Paternidad y maternidad son por tanto realizaciones de la única paternidad de Dios, “de quien procede toda paternidad en los cielos y en la tierra” (Ef 3,15).

### **6) Familia y trabajo**

Padre y madre, en su mutua interrelación, van aprendiendo a serlo y a aportar lo específico suyo para que el niño pueda dar pasos decisivos en el camino de una vida grande.

Uno de los aspectos decisivos que el niño deberá aprender es el lugar que ocupa el trabajo en la vida. Y lo aprenderá por el modo en que su padre y su madre se sitúan ante él. Porque familia y trabajo no son dos realidades contrapuestas que deban conciliarse, como si de una pugna entre ambas se tratase: que si uno trabaja no está con la familia, y que si quiere tener hijos y dedicarse a ellos no podrá trabajar. Es una cuestión mal planteada. Familia y trabajo son dos realidades que originalmente se dan en alianza, ya que una da sentido a la otra y la otra posibilita la una. No se trata de una conciliación entre elementos heterogéneos, sino de una alianza entre aspectos que se necesitan mutuamente. El principio de unidad lo da, de nuevo, la promesa del origen. Y el situarse ambos ante las circunstancias concretas de la vida, que requiere ahora más trabajo, o más atención, o más delicadeza, o más creatividad, o más austeridad...

Si el niño ve que la madre se queja del trabajo del padre, verá el trabajo como extrínseco a la familia. Si el niño ve que todo se supedita al trabajo, no entenderá el sentido de la familia.

Padre y madre deberán afrontar con mucha delicadeza cómo viven ellos esta alianza en bien de la vida grande y bella de la familia, de una familia que tiene una misión en la sociedad y que por lo tanto está llamada a aportar de lo suyo al bien común. El trabajo adquiere así el valor de una misión en la que cada miembro de la familia aporta lo suyo, y en la que los padres van iniciando al niño paulatinamente.

### **7) Paternidad y maternidad ampliadas: los amigos de nuestros hijos**

Ninguna familia es una isla. Una familia *robinsoncrusoe* no podría educar al niño, porque no podría abrirle a una vida grande y bella, sino que lo sofocaría en un afecto cerrado. ¡Qué importante es para los hijos tejer relaciones de amistad con otros chavales! Primos, compañeros de clase o del grupo de Nazaret y Emaús... Ya desde niños disfrutan contando los amigos que tienen; y en la adolescencia los amigos agrandan la medida de la vida; y en la juventud se convierten en compañeros de la gran aventura de la vida.

Ayudar a los hijos a hacer amigos buenos, y enseñarles a ser buenos amigos de sus amigos, es tarea decisiva para los padres, porque es ahí donde los hijos podrán

#### *Tema 4. Padre y madre: los genes que conforman al hijo*

encontrar la nobleza de la vida. Esto supone que su paternidad se amplía en un cierto modo a los amigos de sus hijos, porque se les hace partícipes del destino de sus hijos, y se comparte con los otros padres. Los padres de los amigos de nuestros hijos son también en un cierto modo padres de los propios hijos, y por ello tienen una misión educativa esencial, y también autoridad: no pueden reducirse a resolver simplemente el problema técnico del plan de fin de semana o de tal actividad. Lo que está en juego en esa pandilla que se va formando es el horizonte que van dando a su vida. Y aquí los niños necesitan la compañía de los padres en una forma nueva, que les abra una distancia y sepa retarles a lo grande.

Abrirse a los amigos de sus hijos hace que los padres aprendan a ser mejores padres, y a vivir su paternidad en forma nueva. No solo porque será antídoto contra la enfermiza tentación del super-proteccionismo. Sino porque así les permitirán dar juntos los grandes pasos de la vida, acompañándoles en un modo nuevo, que no sofoca sino abre posibilidades nuevas al niño.

El hecho se nos presenta con una urgencia grande. ¡Cuántos padres, sobre todo en este tiempo en que hay tantas familias heridas y rotas, pueden ayudar decisivamente a los amigos de sus hijos con su ejemplo y con su palabra! ¡Cuántas madres pueden acoger con alegría a esos amigos de sus hijos que, a lo mejor, carecen en su hogar de una verdadera acogida!

La misión de la familia se abre así a una dimensión nueva: generar familiaridad en la sociedad, acoger otras familias, derramar aceite en las heridas y acompañar a los amigos de los hijos.

#### **8) Para concluir**

Ni de Marte ni de Venus. Padre y madre aprenden a serlo cuando uno a otro se co-educan y enriquecen recíprocamente en la misión más noble de la vida, educar a los hijos. Así, padre y madre van creciendo con el tiempo, viviendo una concordia mayor, que hace que cada uno aporte de su genialidad. Sí, los hijos transforman a los padres, y hacen así la vida de ellos más grande y más bella, porque dilatan su corazón, hacen más aguda su prudencia, más delicada su generosidad, más fuerte su concordia. Porque son también una sola carne al educar a los hijos.

Y si por los avatares de la vida, faltase el padre o la madre, quien queda aprenderá a ser padre y madre a la vez. Porque la muerte no destruye el valor simbólico que tiene el padre y la madre: permanece siempre como la memoria del origen, al que la persona viuda sabe siempre reconducir a los hijos.

#### **9) Concretando**

1. ¿Es lo mismo decir que el “sujeto educador” es la “una sola carne” de los esposos que decir que el padre y la madre son los educadores de los hijos?
2. ¿Cuáles son las características propias del padre y de la madre ante el hijo y en qué modo uno depende del otro para vivirlas? Explica cómo se co-educan juntos educando al hijo.
3. El trabajo, ¿es un contrincante de la vida familiar o un aliado? ¿De qué depende? ¿En qué modo educar al hijo al trabajo?
4. ¿Qué prácticas tienen los padres para enseñar a los hijos el camino de la amistad?